

Evolución de la pastoral juvenil en España en las últimas décadas

Jesús Rojano Martínez, SDB*

Cuando me pongo delante de la hoja del papel en blanco (en realidad, de su equivalente actual: la primera página en blanco de un documento nuevo y recién abierto) para tratar de describir la trayectoria de la pastoral juvenil de las últimas décadas, me ha venido a la cabeza de pronto un pasaje del último libro del pensador posmoderno Jean François Lyotard, un libro que dejó inconcluso a su muerte, acaccida en 1998. Se trata nada menos que de una relectura, por parte de uno de los padres de la posmodernidad, de las *Confesiones de San Agustín* de las que dejó unos interesantes apuntes, editados y publicados como obra póstuma por la viuda del filósofo francés, Dolorès. Lyotard se detenía a analizar un párrafo de Agustín en que se nos dice que apenas podemos explicar unas pocas frases inconexas del sentido de la historia y de la vida. Dicho sentido está escrito en un gigantesco libro que es como un tapiz puesto sobre nuestras cabezas, ocupando todo el firmamento. Sólo Dios lee el libro «del derecho» y de un vistazo global, y así sólo Él comprende lo que ha pasado, pasa y pasará. Nosotros nos limitamos a leer un fragmento, y aun este, puesto del revés: «Sin embargo, nosotros leemos apenas, con pena, nosotros, los de abajo, esos signos todavía demasiado altivos, demasiado resplandecientes. Almacenamos las huellas de lo absoluto que eres y deletreamos letras»¹.

* Profesor en el Instituto Superior de Pastoral y en el CES Don Bosco. Madrid. Director del Centro Juvenil Salesiano, Madrid.

¹ Jean-Francois LYOTARD, *La confesión de Agustín* Madrid-Buenos Aires, Losada, 2002, pp. 72-73.

Una sensación similar invade al que quiere describir la historia de la pastoral juvenil de unos años para acá. Sólo entrevemos en un tapiz puesto del revés los cambios, evoluciones, avances y retrocesos que han ido acompañando a muchos agentes de pastoral, inmersos en esta aventura durante todos estos años. Lo que sigue es sólo los fragmentos que ha alcanzado a descubrir y enlazar el que escribe estas líneas. No está todo ni hay un sentido global, pero es la *película* que he logrado montar con los fotogramas que recuerdo haber vivido y otros que me han contado. Seguramente otros tendrán una visión distinta o introducirían matices diversos en cada etapa. O harían otra clasificación. Es lógico y lo acepto completamente. Además, nos ceñiremos básicamente a la pastoral juvenil realizada en España, para no abarcar más campo de la cuenta. El lector de otros países sabrá realizar las necesarias adaptaciones a su contexto local. De todos modos, me parece que de este esfuerzo de echar un vistazo a la pastoral juvenil de los últimos años, pueden salir conclusiones muy interesantes para la acción pastoral y catequética.

Para esta exposición he dividido esta historia de la pastoral juvenil reciente en cuatro etapas, que son las que me parece entrever en el dorso de ese tapiz puesto del revés que hemos mencionado. Después apuntaremos unas breves sugerencias y pistas de actuación.

LA PASTORAL JUVENIL DE LOS AÑOS 50 Y 60

Hasta finales de los años 60 la pastoral juvenil en España vivió básicamente de esquemas preconciarios. El modelo de sacerdote y de proceso catequético forjado en la reforma tridentina seguía plenamente vigente. El esquema básico tridentino había sido remozado en el siglo XIX, mediante la dedicación a los niños y jóvenes de las congregaciones dedicadas a la enseñanza, surgidas en el siglo XIX (Maristas, Salesianos, Claretianos, La Salle...) o anteriormente (Jesuitas, Escolapios, Franciscanos, Dominicos, Hijas de la Caridad...), y que tienen un protagonismo central en la pastoral infantil y juvenil de entonces.

Por las circunstancias que conocemos, todos los chicos eran bautizados y recibían la confirmación y primera comunión. La mayoría recibía una instrucción religiosa escolar que les daba una cultura religiosa considerable. Otra cosa distinta es que, para la mayoría, los procesos de iniciación en la fe cristiana fueran completos e integrales. Se notaba que al llegar a la franja de edad juvenil se perdían muchos de aquellos chicos que habían sido catequizados y habían recibido los sacramentos de iniciación a edad temprana.

Un agente de pastoral de los años 40 o 50 hacía con los chicos y jóvenes la misma acción pastoral y catequética que habían hecho con él diez o quince años antes. Y fue así, sin cambios cualitativos apreciables, durante varias décadas.

Pese a que, como hemos dicho, se perdían bastantes a partir de la adolescencia, el número de jóvenes que pertenecían a grupos o movimientos cristianos era considerable, si comparamos con lo que sucedió después. Algunas congregaciones y diócesis tenían sus movimientos juveniles, normalmente de «sólo chicos» o «sólo chicas», y que transmitían una visión del cristianismo muy uniforme. De hecho, la educación de la sexualidad, tan inflexible en numerosas ocasiones, era uno de los puntos conflictivos en la pastoral juvenil ya entonces. Algunas películas del cine español de comienzos de la democracia –habitualmente bastante demagógico, por otro lado– dan cuenta de esa situación². En la familia religiosa a la que pertenezco, la salesiana, todavía suelen hablar con nostalgia los que vivieron aquellos años de unos grandes grupos de jóvenes cristianos llamados las «compañías», y que funcionaban básicamente igual –y el dato es muy significativo– que en tiempos de Don Bosco, 100 años antes.

Es cierto que hubo grupos y personas que se dieron cuenta de que esa pastoral que podríamos llamar *ambiental* no era suficiente para una forma-

² Cf., por ejemplo, *Arriba Hazaña* (1978), de José María Gutiérrez, o la no muy imparcial *La mala educación* (2004), de Pedro Almodóvar.

ción de jóvenes que fueran cristianos con una opción madura y personal. Los grupos de la *JOC* (Juventud Obrera Católica), con sus métodos de revisión de vida (que en España nunca llegó a cuajar del mismo modo que en los países de habla francesa) o los famosos cursillos de cristiandad para jóvenes de la Acción Católica son ejemplos de aquellos intentos de profundizar en su ser cristiano y de hacer ver a los jóvenes que la catequesis y el cultivo de la propia fe no era sólo cosas de niños. Podemos citar como figura paradigmática al jesuita Tomás Morales (1908-1994), que funda en 1950 El Hogar del Empleado, agrupando a jóvenes deseosos de una entrega cristiana. Círculos de estudio, convivencias en las sierras de Guadarrama y Gredos fueron sus principales métodos de formación humana; la Virgen presidió la espiritual, con especial presencia en el mes de mayo y en la Vigilia de la Inmaculada a principios de diciembre. Todo ello lo aplicaría más adelante en la Cruzada de Santa María, que fundó en 1956, con su rama masculina y femenina. Las vigilias de la Inmaculada «sólo para hombres» dirigidas por el brazo derecho del padre Morales, Abelardo de Armas, o libros como *Forja de Hombres* (1966) dan testimonio de aquel estilo.

Aquel tipo de pastoral juvenil no era ni peor ni mejor que la actual, pero es evidente que dependía de unos marcos sociales concretos que han desaparecido, en los que se transmitía la fe de modo ambiental. La familia, la escuela y la parroquia eran los afluentes de un gran río (la fe cristiana), que crecía continuamente y se transmitía razonablemente bien a bastantes niños y jóvenes, por seguir el ejemplo clarificador de un documento reciente de los obispos de Quebec sobre la pastoral juvenil³. Pero hoy la sociedad ha cambiado y esos afluentes han disminuido mucho o, a veces, se han secado. Sencillamente, las circunstancias son otras, y en sus elementos básicos no habrá vuelta atrás.

³ Cf. Asamblea de Obispos de Québec, *Proponer hoy la fe a los jóvenes. Una fuerza para vivir*, en Donaciano Martínez - Pelayo González - José Luis Saborido, *Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto*, Santander, Sal Terrae, 2005, pp. 163-191.

Es verdad que, ya en 1943, hubo quien vio venir en Francia (como en tantas ocasiones a lo largo de la historia moderna) el cambio que se avecinaba y la imposibilidad de seguir con este esquema secular. Estamos hablando del famoso libro *Francia, país de misión*⁴, que detectó el problema que tantas consecuencias tendría para la pastoral de iniciación cristiana, no sólo la juvenil. Sin embargo, en España la mayoría pensaba que eso no pasaría aquí, y que el referido esquema de trabajo en pastoral juvenil duraría casi eternamente.

Resulta interesante estudiar dos revistas de pastoral juvenil, vinculadas ambas a congregaciones religiosas dedicadas a la juventud, y cuál ha sido su evolución en los artículos y materiales que ofrecían en aquella época, así como los cambios posteriores. Nos referimos a *RPJ (Revista de Pastoral Juvenil)*, de los escolapios, nacida en 1958, y *Misión Joven*, de los salesianos, fundada en 1960 con el nombre de *Técnica de Apostolado*.

EL ESTALLIDO Y EL DESIERTO DE LOS AÑOS 70

Sin embargo, la pretensión de seguir haciendo lo mismo de las décadas pasadas, pensando que «esas cosas que les pasaba a los franceses» aquí nunca ocurrirían, llevó a principio de los 70 a una quiebra de la mayoría de las acciones de pastoral juvenil y a una crisis sin precedentes. Se mantuvo, aunque disminuyera, la catequesis infantil. Pero a partir de la adolescencia los problemas eran enormes. Las instituciones escolares religiosas se mantenían, por su fuerza y prestigio académico. Pero la pastoral juvenil en ellas se puso bajo mínimos. Y todo lo que supusiera un compromiso voluntario de los jóvenes, en un tiempo extraescolar, por ejemplo, fue abandonado rápidamente.

Aquellos grandes grupos o movimientos (por ejemplo, entre los salesianos, las *compañías* antes mencionadas) desaparecieron en muy poco

⁴ Cf. Henri Godin - Yvan Daniel, *La France, pays de mission?*, Lyon, Les Editions de l'Abeille, 1943.

tiempo. Algunos le echaban la culpa, aunque fuera *por lo bajinis*, al Concilio y sus reformas, y no alcanzaban a ver que el cambio era social, y muy profundo, como ya había sabido ver la *Gaudium et Spes*, y que no es que no se quisiera hacer «lo de antes» en pastoral, sino que sencillamente era inviable. Es curioso, aunque por supuesto bastante triste, que hoy, en pleno siglo XXI, algunos retomen aquellos lamentos y propongan de nuevo soluciones pasadas, hoy irrecuperables.

Así, en la pastoral juvenil hubo un momento difícil, pero muy interesante, en que había desaparecido lo anterior y aún no había surgido nada que lo sustituyera. Hubo una breve época, por poner un ejemplo significativo, en que los únicos campamentos que se encontraba uno por el campo y las montañas en verano eran los de *scouts*, que vivieron una etapa floreciente a mediados y finales de los 70. Ya se comenzaba a apuntar, pues, la solución que vendría después: la pastoral juvenil realizada en la plataforma del tiempo libre.

EL RENACER DE LA PASTORAL JUVENIL EN LOS 80

En efecto, hacia finales de la década de los 70, gracias a la creatividad y esfuerzo de una serie de «exploradores de nuevos caminos», fueron surgiendo gran cantidad de ideas e iniciativas en la pastoral juvenil, basadas casi todas en la explotación del nuevo filón que suponía el tiempo libre. Alguien debería estudiar la influencia decisiva de dichas iniciativas en el tejido de asociaciones juveniles y actividades de tiempo libre que luego han ido asumiendo las administraciones estatales, autonómicas y municipales.

Se pusieron en marcha centros juveniles, campamentos, nuevos grupos —siempre mixtos—, con nuevos estilos, para adolescentes y jóvenes, pascuas juveniles (o mejor, *con jóvenes*, si recordamos las disputas que, no sin razón, motivó la terminología), nuevos itinerarios de catequesis, sobre todo de confirmación. De hecho, el redescubrimiento de la confirmación

y su retraso para que la opción de los jóvenes fuera más consciente y responsable fue la piedra angular sobre la que descansó esta renovación y florecimiento impresionante de la pastoral juvenil. Los lectores conocen de sobra la polémica que aún existe sobre dicho modo de preparar y celebrar la confirmación, porque la acusación principal es cierta: se confirmaban... y casi todos se iban. Pero, ¿alguien ha demostrado que se queden si se confirman con 12 años? Mi impresión es que sucede lo mismo, y aún peor, porque no se van con 19 años, sino con 13. Con todo, dado que el problema teológico y pastoral es mucho más profundo, no entraremos ahora en una toma de posición, pues la intención de estas páginas es contar lo que, de hecho, pasó⁵. Las publicaciones de libros y materiales con itinerarios de catecumenado (de Salesianos, La Salle, Escolapios, Jesuitas, Claretianos, Maristas...) y de revistas de pastoral juvenil, que ya hemos mencionado, fue un esfuerzo verdaderamente impresionante, si volvemos con serenidad la vista a aquellos años. Algunas congregaciones o grupos consiguieron que surgieran grupos –nunca mayoritarios– de jóvenes-adultos que formaron comunidades cristianas con fuertes compromisos: recordemos las Comunidades de Vida Cristiana jesuíticas (CVX), por ejemplo, o la experiencia de los llamados APJ (Agentes de Pastoral Juvenil) en Madrid. Hubo bastantes más y pedimos disculpas por omitir una clasificación exhaustiva de los nombres.

Sin embargo, en la década de los 90 ese tipo de acción pastoral, que tuvo unos años de cierto esplendor, decayó en cuanto a los números. Los que participaban en las pascuas con jóvenes o que se confirmaban eran muchos menos. Y así seguimos. ¿Qué había pasado? Aquí me permito ofrecer una hipótesis de lectura de este hecho, que está abierta, por supuesto, de buen grado, a correcciones y revisiones. Aquella pastoral de finales de los 70, que tuvo sus frutos y aún sigue dando algunos, suponía en realidad que los jóvenes eran cristianos y habían recibido una instrucción religiosa. Y la base de esa acción pastoral era lo que yo llamo (y

⁵ Cf. una breve presentación sobre la actualidad y estado de la cuestión en Juan Carlos Díaz Hernández, «Implicaciones teológicas y pastorales del sacramento de la confirmación», en *Vida Nueva* 2613 (17/23 de mayo de 2008), pp. 23-30.

permítaseme lo prosaico del ejemplo) «*dar la vuelta a la tortilla*». Consistía en mostrar a los jóvenes, que habían recibido y observaban en sus familias un cristianismo muy tradicional, que se podía vivir y celebrar de otra manera. Por ejemplo, las pascuas con jóvenes consistían en hacer ver y vivir que la Semana Santa —que aquellos chicos conocían en sus líneas principales— se podía celebrar de otro modo más juvenil y vivencial, siempre con la intención (que luego pocas veces fraguó en la práctica) de que luego se integraran en el ritmo normal de toda la comunidad cristiana, que forman niños, jóvenes, adultos y ancianos, en su parroquia. En resumen, ese *dar la vuelta a la tortilla* equivalía a decir a los jóvenes (pedagógicamente y en un proceso orgánico y armónico): vosotros ya sois cristianos como vuestros mayores; pero se puede matizar y profundizar en ese ser cristiano con un estilo más juvenil y comprometido.

El problema actual es que —y seguimos con el ejemplo culinario—, sencillamente, *no hay tortilla* que voltear en la mayoría de los casos. Unos jóvenes que casi no han visto vivir el cristianismo en sus familias, que apenas reciben instrucción religiosa, que oyen y ven desde pequeños en los medios de comunicación todas las «cosas malas» de la Iglesia y sus estructuras (y sólo las malas)... no tienen ese fondo de cristianismo tradicional sobre el que trabajó la pastoral renovadora de los 80. Esto duele reconocerlo, o sólo lo hacemos teóricamente, pero luego se sigue convocando para las mismas actividades y planteamientos grupales que al comienzo de los 80, y la respuesta es pobre. Por poner un ejemplo: en los años 80, bastaba poner un cartel convocando en septiembre a la catequesis de confirmación en muchas parroquias ligadas a centros escolares religiosos, para que hubiera ya una gran afluencia de adolescentes el primer día de actividad de los grupos. Hoy esa convocatoria, por sí sola, apenas tiene respuesta. La confirmación, entre ellos, ya no está de moda (para lo malo —acude un número muy escaso— y para lo bueno —quizá los que vienen lo hagan con mayor autenticidad—). Así pues, los que siguen trabajando con este estilo de pastoral juvenil deben tener en cuenta que ha de hacerse un trabajo previo de instrucción religiosa y pre-evangelización.

¿Y AHORA QUÉ?

Después de estos vaivenes, y de *esta* historia, que es la nuestra, y con *estos* adolescentes y jóvenes, que son los que hay, ¿qué pistas de actuación serían las mejores? Ante todo, debemos querer encarnarnos en su vida –porque no otra puede ser la mentalidad del pastor cristiano, sino la de su Maestro, que puso su tienda entre nosotros y asumió con todas las consecuencias nuestra carne, y fue en todo como nosotros, menos en el pecado (cf. Jn 1 y Hebr 4)– y saber leer entre líneas, con paciencia e inteligencia, sus cuestionamientos. A veces, lo que interpretamos como rechazo de la fe es sólo crítica a ciertos estilos de cristianismo⁷. Por ceñirme a mi tradición religiosa, Don Bosco solía decir: «Amad aquello que aman los jóvenes, y ellos aprenderán a amar lo que vosotros queréis que amén». Esa idea fue repetida, por cierto, casi textualmente, por el papa Benedicto XVI el 30 de mayo de 2005, en discurso a la Asamblea general de la Conferencia Episcopal Italiana: «Los jóvenes deben sentirse amados por la Iglesia para poder acoger el exigente mensaje del Evangelio, pues tienen necesidad de que se les ayude a crecer y a madurar en la fe: éste es el primer servicio que deben recibir de la Iglesia, y especialmente de nosotros, obispos, y de nuestros sacerdotes [...]. Para lograr este objetivo, los jóvenes deben sentirse amados por la Iglesia, amados en concreto por nosotros, obispos y sacerdotes. De este modo, podrán experimentar en la Iglesia la amistad y el amor que tiene por ellos el Señor, comprenderán que en Cristo la verdad coincide con el amor y aprenderán a su vez a amar al Señor y a tener confianza en su cuerpo, que es la Iglesia. Éste es el punto central del gran desafío de la transmisión de la fe a las jóvenes generaciones»⁸.

Aunque no vamos a desarrollarla ahora, la respuesta decisiva y todo camino futuro en la pastoral juvenil pasa por asumir una mentalidad de vuelta

⁷ Se mantiene esa postura, con buenos argumentos, en José Luis Moral, *¿Jóvenes sin fe? Manual de primeros auxilios para reconstruir con los jóvenes la fe y la religión*, Madrid, PPC, 2007

⁸ <<http://www.zenit.org/article-15867?l=>>, 30.05.2005; código ZS05053006.

creativa a la *iniciación*, como se manifiesta en varias orientaciones magisteriales muy clarificadoras y en la mejor reflexión pastoral y catequética actual⁹. Valga como resumen de lo que queremos apuntar este texto de *Sebastià Taltavull*, director del Secretariado de la Comisión de Pastoral de la CEE: «Se observa la necesidad de una *profunda renovación* en la forma de proceder en todo lo que afecta a la educación de la fe, para que ésta impregne totalmente la vida de los destinatarios y responda a la situación real. Tanto si nos referimos a la catequesis infantil como a los adolescentes, jóvenes y adultos, hace falta tener en cuenta que muchos de los que «piden sacramentos» no han sido iniciados cristianamente en el seno de sus familias, o son totalmente indiferentes al hecho religioso y cristiano. La apreciación de este hecho, que ha ido en aumento durante los últimos años, pide *superar ciertas inercias* aún existentes en el ámbito familiar y parroquial y *afrontar con valentía, imaginación y creatividad los nuevos retos* que se nos plantean como sociedad y como Iglesia. No podemos presuponer lo que ya no existe, sino aplicar, con la seriedad y el rigor que exige todo itinerario de crecimiento, las formas y contenidos del proceso de la Iniciación Cristiana, conocerlos, estudiarlos a fondo, mentalizar a la comunidad cristiana y aceptar con espíritu de comunión la responsabilidad que nos corresponde. Estamos ante una obra propia de la *nueva evangelización* y, para poder realizarla, sabemos la insistencia con que la Iglesia ha hablado de la necesidad de un nuevo lenguaje, de nuevos métodos y de un nuevo ardor. Y esto afecta a toda la acción pastoral de la Iglesia»¹⁰.

⁹ Cf. Conferencia de los Obispos de Francia, *Texto nacional para la orientación de la catequesis en Francia y principios de organización*, Madrid, CCS, 2008; Donacio Martínez – Pelayo González – José Luis Saborido, *Proponer la fe hoy. De lo heredado a lo propuesto*, Santander, Sal Terrae, 2005; Conferencia Episcopal Española, *La iniciación cristiana: reflexiones y orientaciones*, Madrid, 27 de noviembre de 1998; Asociación Española de Catequetas (AECA), *Hacia un nuevo paradigma de la iniciación cristiana hoy*, Madrid, PPC, 2008; Henry Derroitte, *Por una nueva catequesis. Jalones para un nuevo proyecto catequético*, Santander, Sal Terrae, 2004; Henri Derroitte (dir.), *15 nuevos caminos para la catequesis hoy*, Santander, Sal Terrae, 2008.

¹⁰ Sebastià Taltavull, «La Iniciación Cristiana, un itinerario a proponer», en *Vida Nueva* (31 de mayo/6 de junio de 2008), pp. 12-13.

Si releemos las sugerencias que hacía Juan Pablo II a la pastoral juvenil europea, vemos que no van por un camino diferente: «Animo además a la Iglesia en Europa a dedicar una creciente atención a la educación de los jóvenes en la fe. Al poner la mirada en el porvenir no podemos dejar de pensar en ellos: hemos de encontrarnos con la mente, el corazón y el carácter juvenil, para ofrecerles una sólida formación humana y cristiana. En toda ocasión en la que participan muchos jóvenes, no es difícil percatarse de que hay en ellos actitudes diferenciadas. Se constata el deseo de vivir juntos para salir del aislamiento, la sed más o menos sentida de lo absoluto; se ve en ellos una fe oculta que debe ser purificada e impulsa a seguir al Señor; se nota la decisión de continuar el camino ya emprendido y la exigencia de compartir la fe. Para lograrlo hace falta renovar la pastoral juvenil, articulada por edades y atenta a las distintas condiciones de niños, adolescentes y jóvenes. Es necesario además dotarla de mayor organicidad y coherencia, escuchando pacientemente las preguntas de los jóvenes, para hacerlos protagonistas de la evangelización y edificación de la sociedad. En este quehacer hay que promover ocasiones de encuentro entre los jóvenes, para favorecer un clima de escucha recíproca y oración. No se ha de tener miedo a ser exigentes con ellos en lo que atañe a su crecimiento espiritual. Se les debe indicar el camino de la santidad, estimulándolos a tomar decisiones comprometidas en el seguimiento de Jesús, fortalecidos por una vida sacramentalmente intensa. De este modo podrán resistir a las seducciones de una cultura que con frecuencia les propone sólo valores efímeros e incluso contrarios al Evangelio, y hacer que ellos mismos sean capaces de manifestar una mentalidad cristiana en todos los ámbitos de la existencia, incluidos el del ocio y la diversión»¹¹.

También el papa Benedicto XVI ha ofrecido interesantes sugerencias sobre pastoral juvenil. En su primera Jornada Mundial de la Juventud (Colonia, agosto 2005) insistió a los jóvenes en que «Cristo no quita nada y lo da todo». Procuró dar una imagen de aprecio a los jóvenes, y reconocer lo positivo que hay en ellos. Así se expresaba en una entrevista-

¹¹ Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, n.º 61-62.

ta concedida a la televisión alemana el 15 de agosto de 2006: «Estoy muy contento de que haya jóvenes que quieran estar juntos, que quieran estar juntos en la fe, y que quieran hacer el bien. La disponibilidad al bien es muy fuerte en la juventud, basta pensar en las diversas formas de voluntariado. El compromiso para ofrecer en primera persona una contribución propia ante las necesidades de este mundo es una gran cosa. Un primer impulso puede ser por lo tanto alentar a esto: ¡Id adelante! ¡Buscad las ocasiones para hacer el bien! ¡El mundo necesita esta voluntad, necesita este compromiso! Y luego quizá una palabra sería: ¡el valor de decisiones definitivas! En la juventud hay mucha generosidad, pero ante el riesgo de comprometerse para toda la vida, ya sea en el matrimonio o en el sacerdocio, se experimenta miedo. El mundo está en movimiento de manera dramática: ahora puedo disponer continuamente de mi vida entera con todos sus imprevisibles eventos futuros, con una decisión definitiva, ¿no ato mi libertad y no me privo de la libertad de movimiento? Despertar el valor de osar tomar decisiones definitivas, que en realidad son las únicas que hacen posible el crecimiento, el camino hacia delante y el alcanzar cualquier cosa importante en la vida, las únicas que no destruyen la libertad, sino que le ofrecen la justa dirección en el espacio»¹².

En su respuesta –improvisada sobre la marcha sin papeles, por cierto– al encargado de pastoral juvenil de la diócesis de Albano (Italia) y otros sacerdotes, el 31 de agosto de 2006, Benedicto XVI reconoce que la pastoral juvenil requiere esfuerzos y soluciones especiales. Propone que las parroquias se complementen y se apoyen en asociaciones y grupos que traten con éxito con los jóvenes de cara a una pastoral juvenil integrada. Es una propuesta muy sensata: «Con motivo de las jornadas mundiales de la juventud, y también en otras ocasiones, como recientemente en la Vigilia de Pentecostés, se pone de manifiesto que en la juventud hay un deseo, una búsqueda también de Dios. Los jóvenes quieren ver si Dios existe y qué les dice. Por tanto, tienen cierta disponibilidad, a pesar de todas las dificultades de hoy. También tienen entusiasmo. Por tanto,

¹² Citado en: <<http://www.religiondigital.com>>, 16-08-2006.

debemos hacer todo lo posible por mantener viva esta llama que se manifiesta en ocasiones como las jornadas mundiales de la juventud. ¿Cómo hacerlo? Es nuestra pregunta común. Creo que precisamente aquí debería realizarse una «pastoral integrada», porque en realidad no todos los párrocos tienen la posibilidad de ocuparse suficientemente de la juventud. Por eso, se necesita una pastoral que trascienda los límites de la parroquia y que trascienda también los límites del trabajo del sacerdote. Una pastoral que implique también a muchos agentes. Me parece que, bajo la coordinación del obispo, por una parte, se debe encontrar el modo de integrar a los jóvenes en la parroquia, a fin de que sean fermento de la vida parroquial; y, por otra, encontrar para estos jóvenes también la ayuda de agentes extra-parroquiales. Las dos cosas deben ir juntas. Es preciso sugerir a los jóvenes que, no sólo en la parroquia sino también en diversos contextos, deben integrarse en la vida de la diócesis, para luego volver a encontrarse en la parroquia. Por eso, hay que fomentar todas las iniciativas que vayan en este sentido, me parece que se deben aprovechar todas las oportunidades que se ofrecen hoy en los movimientos, en las asociaciones, en el voluntariado, y en otras actividades juveniles»¹³.

Y también plantea a los sacerdotes la oportunidad de crear y aprovechar acciones de voluntariado en favor de los pobres y grupos de oración juvenil. Es muy interesante ver cómo lo argumenta: «Creo que es muy importante en la actualidad la experiencia del voluntariado. Es muy importante que a los jóvenes no sólo les quede la opción de las discotecas; hay que ofrecerles compromisos en los que vean que son necesarios, que pueden hacer algo bueno. Al sentir este impulso de hacer algo bueno por la humanidad, por alguien, por un grupo, los jóvenes sienten un estímulo a comprometerse y encuentran también la “pista” positiva de un compromiso, de una ética cristiana. Me parece de gran importancia que los jóvenes tengan realmente compromisos cuya necesidad vean, que los guíen por el camino de un servicio positivo para prestar una ayuda inspirada en el amor de Cristo a los hombres, de forma que ellos mismos busquen las

¹³ <http://www.zenit.org/spanish/>, fecha de publicación: 28.09.2006; código ZS06092806.

fuentes donde pueden encontrar fuerza y estímulo. Otra experiencia son los grupos de oración, donde aprenden a escuchar la palabra de Dios, a comprender la palabra de Dios, precisamente en su contexto juvenil, a entrar en contacto con Dios. Esto quiere decir también aprender la forma común de oración, la liturgia, que tal vez en un primer momento les parezca bastante inaccesible. Aprenden que existe la palabra de Dios que nos busca, a pesar de toda la distancia de los tiempos, que nos habla hoy a nosotros. Nosotros llevamos al Señor el fruto de la tierra y de nuestro trabajo, y lo encontramos transformado en don de Dios. Hablamos como hijos con el Padre y recibimos luego el don de Él mismo»¹⁴.

El 5 de junio de 2006 Benedicto XVI habló sobre «el secreto para transmitir la fe a los jóvenes» en un discurso, en la basílica de Letrán, a los miembros de una asamblea diocesana de Roma, discurso que tituló muy significativamente «La alegría de la fe y la educación de las nuevas generaciones». Es muy enriquecedora una lectura reposada de dicho discurso, pues contiene pistas interesantísimas sobre la acción pastoral con jóvenes, y un bosquejo razonado de un proceso de educación en la fe. Aquí sólo podemos citar algunos párrafos, pero en realidad lo más valioso de este discurso es cómo va engarzando coherentemente unos temas con otros. Veamos alguna de sus sugerencias. Parte de una consideración sobre la fe de cada generación cristiana, y cómo ésta consiste en una alegría y belleza que hay que descubrir. ¿Los jóvenes de hoy descubren alegría y belleza en la vida y palabras de los agentes de pastoral? Sería muy enriquecedor hacer un sincero examen personal a fondo, para responder con calma a esta comprometedor pregunta: «En realidad, descubrir la belleza y la alegría de la fe es un camino que cada nueva generación debe recorrer por sí misma, porque en la fe está en juego todo lo que tenemos de más nuestro y de más íntimo, nuestro corazón, nuestra inteligencia, nuestra libertad, en una relación profundamente personal con el Señor, que actúa en nuestro interior. Pero la fe es también radicalmente acto y actitud comunitaria; es el «creemos» de la Iglesia. Así pues, la alegría de la fe es una alegría que

¹⁴ *Ibidem*.

se ha de compartir: como afirma el apóstol san Juan, «lo que hemos visto y oído (el Verbo de la vida), os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros [...]. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo» (1 Jn 1, 3-4). Por eso, educar a las nuevas generaciones en la fe es una tarea grande y fundamental que atañe a toda la comunidad cristiana. Esta tarea resulta hoy especialmente difícil por varias razones, pero precisamente por esto es aún más importante y sumamente urgente. Precisamente en esta situación todos, especialmente nuestros muchachos, adolescentes y jóvenes, necesitan vivir la fe como alegría, gustar la serenidad profunda que brota del encuentro con el Señor»¹⁵.

A continuación, Benedicto XVI dedica varios párrafos de su discurso a hablar sobre el amor. Afirma que los jóvenes deben percibir que el amor es el valor central del cristianismo. Además, debe hacérseles ver que el cristianismo es sobre todo una propuesta positiva en favor del amor, no una serie de prohibiciones. Éstas tienen siempre un lugar segundo, no primero, en la ética cristiana. Estas advertencias del Papa deberían servir de norte y de brújula a todos los planteamientos que se hacen a los jóvenes de lo que es esencial en la fe cristiana. ¿Perciben ellos que el amor es lo único decisivo y que no pasará (cf. 1 Corintios 13) para un cristiano? Con frecuencia no es así, o mejor, no nos lo entienden así. Les parece que la palabra «no» y «prohibido» es la que primero sale de la boca de los catequistas y ministros cristianos. El Papa nos dice claramente que esa impresión que a veces se da es nociva para la transmisión de la fe hoy. El agente de pastoral juvenil debe cuidar con esmero, pues, fondo y formas en el diálogo con los jóvenes: «En la encíclica *Deus caritas est* escribí: “Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1). La fuente de la alegría cristiana es esta certeza de ser

¹⁵ <http://www.zenit.org/spanish/>, 22.06.2006; código ZS06062206.

amados por Dios, amados personalmente por nuestro Creador, por Aquel que tiene en sus manos todo el universo y que nos ama a cada uno y a toda la gran familia humana con un amor apasionado y fiel, un amor mayor que nuestras infidelidades y pecados, un amor que perdona. Este amor “es un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo”, como se manifiesta de manera definitiva en el misterio de la cruz. Esta certeza y esta alegría de ser amados por Dios debe hacerse de algún modo palpable y concreta para cada uno de nosotros, y sobre todo para las nuevas generaciones que están entrando en el mundo de la fe. Así pues, es indispensable –y es la tarea encomendada a las familias cristianas, a los sacerdotes, a los catequistas, a los educadores, a los jóvenes mismos con respecto a sus coetáneos, a nuestras parroquias, asociaciones y movimientos, y, por último, a toda la comunidad diocesana– que las nuevas generaciones puedan experimentar a la Iglesia como una compañía de amigos realmente digna de confianza, cercana en todos los momentos y circunstancias de la vida, tanto en los alegres y gratificantes como en los arduos y oscuros; una compañía que no nos abandonará jamás ni siquiera en la muerte, porque lleva en sí la promesa de la eternidad. Quien se sabe amado, se siente a su vez impulsado a amar. En particular los adolescentes y los jóvenes, que sienten fuertemente en su interior el atractivo del amor, deben verse libres del prejuicio generalizado según el cual el cristianismo, con sus mandatos y prohibiciones, pone demasiados obstáculos a la alegría del amor, y en especial impide gustar plenamente la felicidad que el hombre y la mujer encuentran en su amor mutuo. Al contrario, la fe y la ética cristiana no pretenden ahogar el amor, sino hacerlo sano, fuerte y realmente libre: precisamente éste es el sentido de los diez Mandamientos, que no son una serie de «no», sino un gran «sí» al amor y a la vida (...) Por tanto, en toda la obra educativa, en la formación del hombre y del cristiano, no debemos dejar de lado, por miedo o por vergüenza, la gran cuestión del amor: si lo hiciéramos, presentaríamos un cristianismo desencarnado, que no puede interesar de verdad al joven que se abre a la vida»¹⁶.

¹⁶ *Ibidem*.

Junto a lo anterior, el Papa recalca la importancia del servicio a los necesitados en el camino de fe de los jóvenes: «Sin embargo, también debemos introducir en la dimensión integral del amor cristiano, donde el amor a Dios y el amor al hombre están indisolublemente unidos y donde el amor al prójimo es un compromiso muy concreto. El cristiano no se contenta con palabras, y tampoco con ideologías engañosas, sino que sale al encuentro de las necesidades de sus hermanos comprometiéndose de verdad a sí mismo, sin contentarse con alguna buena acción esporádica. Así pues, proponer a los muchachos y a los jóvenes experiencias prácticas de servicio al prójimo más necesitado forma parte de una auténtica y plena educación en la fe»¹⁷.

Después hacía otra observación que también nos deja una importante indicación para los procesos pastorales: la necesidad de la atención a la racionalidad de la fe, al amor por la verdad, a la cultura y educación. Al joven se llega por lo afectivo y las ansias de amor, pero sólo se le convence con garantías de permanencia con argumentos que colmen su búsqueda de la verdad. Esta apuesta por una valoración de la razón y la verdad, que recuerda su famoso discurso de Ratisbona en el verano de 2006, lanza un gran reto a la pastoral juvenil, que es el cuidado de lo intelectual, el «dar razón de nuestra esperanza». Nuestra sensación personal es que muchos de los jóvenes que se van de los grupos cristianos tras los procesos catequéticos de preparación a la primera comunión en la infancia y a la confirmación se pierden por este motivo: creen que la fe es algo que sólo puede convencer a chiquillos, pues no se basa en razones sólidas: «Al igual que la necesidad de amar, el deseo de la verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre. Por eso, en la educación de las nuevas generaciones, ciertamente no puede evitarse la cuestión de la verdad; más aún, debe ocupar un lugar central. En efecto, al interrogarnos por la verdad ensanchamos el horizonte de nuestra racionalidad, comenzamos a liberar la razón de los límites demasiado estrechos dentro de los cuales queda confinada cuando se considera racional sólo lo que puede ser objeto de

¹⁷ *Ibidem.*

experimento y cálculo. Es precisamente aquí donde tiene lugar el encuentro de la razón con la fe, pues en la fe acogemos el don que Dios hace de sí mismo revelándose a nosotros, criaturas hechas a su imagen; acogemos y aceptamos esa Verdad que nuestra mente no puede comprender por completo y no puede poseer, pero que precisamente por eso ensancha el horizonte de nuestro conocimiento y nos permite llegar al Misterio en el que estamos inmersos y encontrar en Dios el sentido definitivo de nuestra existencia [...]. Por consiguiente, en la educación de las nuevas generaciones no debemos tener miedo de confrontar la verdad de la fe con las auténticas conquistas del conocimiento humano. Los progresos de la ciencia son hoy muy rápidos y a menudo se presentan como contrapuestos a las afirmaciones de la fe, provocando confusión y haciendo más difícil la aceptación de la verdad cristiana. Pero Jesucristo es y sigue siendo el Señor de toda la creación y de toda la historia: «Todas las cosas fueron creadas por él y para él (...), y todo tiene en él su consistencia» (Col 1, 16-17). Por eso, el diálogo entre la fe y la razón, si se realiza con sinceridad y rigor, brinda la posibilidad de percibir de modo más eficaz y convincente la racionalidad de la fe en Dios —no en un Dios cualquiera, sino en el Dios que se reveló en Jesucristo— y de mostrar que en el mismo Jesucristo se encuentra la realización de toda auténtica aspiración humana. Vosotros, queridos sacerdotes y educadores, no dudéis en promover una auténtica «pastoral de la inteligencia» y, más ampliamente, de la persona, que tome en serio los interrogantes de los jóvenes —tanto los existenciales como los que brotan de la confrontación con las formas de racionalidad hoy generalizadas— para ayudarles a encontrar las respuestas cristianas válidas y pertinentes, y finalmente para hacer suya la respuesta decisiva que es Cristo nuestro Señor»¹⁸.

Además de estas urgencias, queremos insistir en la comunión y unión de fuerzas a la que aludíamos antes. Se trata de trabajar por el bien de los jóvenes, no por la «franquicia particular»; no en competencia, sino uniendo energías (o *sinergias*, como se suele decir hoy). En este sentido, nos

¹⁸ *Ibidem*.